

EL PODER DE LA LECTURA

«Esta en tu cabeza» Dijo Mireia en voz alta, dirigiéndose a su hermana Pía, que no le hacía ni caso. De nuevo, Pía tenía las narices metidas en un libro. Mireia le lanzó una mirada asesina. «¡Pía!» Al gritar, se le cayó la lámpara que estaba sosteniendo en el aire. «¿Ves lo que has hecho?» «Si lo sé no me molesto en enseñarte hacer levitar cosas.» Dijo enfurruñada, lamentándose por la lámpara hecha mil pedazos en el suelo. «do siento» Dijo Pía en un tono sarcástico. «Vale, ya me he terminado el capítulo. ¿Puedes empezar desde el principio?» Mireia la miró enfadada, pero quería que su hermana aprendiera. «Como iba diciendo.» Se giró hacia ella. «Ésta en tu cabeza» Alzó la mano izquierda, cerró los ojos, y se concentró. "Moneda". El céntimo se levantó suavemente de la mesa y se abalanzó sobre su mano. «Te toca. Vuelve a dejar el céntimo sobre la mesa, empezará por algo sencillo.» de lanzó la moneda y Pía la dejó sobre la mesa y se levantó del sillón. Se dirigió hacia donde estaba su hermana, sorteando los trozos de lámpara del suelo y la miró con gesto de sobrada. Una palabra apareció clara en su mente. "libro". El libro que hasta hace un momento se estaba leyendo, se levantó lenta y dificultosamente del sillón y se dirigió hacia la mano derecha de Pía, pero justo antes de que rozara sus dedos, se precipitó y cayó al suelo. Cabiésbaja, sorteó los trocitos de lámpara y se sentó avergonzada en el sillón. En ese momento, oyeron una llave. «¡Mamá!» Dijeron al unísono. Mireia fue corriendo hacia la cocina y cogió una escoba. Al dirigirse de nuevo al salón, su hermana Pía ya había ido a distraer a su madre. Las dos sabían qué pasaría si descubría

todo aquel desastre, por eso, ya tenían el plan para este tipo de casos. Mientras Pía distraía a su madre con alguna excusa estúpida, Mireia recogía el desastre. Cada detalle, cada posición de cada cosa del salón, todo, si un solo objeto de la sala estaba a un centímetro de donde debía estar, su madre se daría cuenta. Mireia terminó de limpiar, con un par de cortes en las manos por la lámpara. Ya había unido con la mente (y había apretado tanto que se había quedado pegada). Su madre entró en el cuarto y no vio nada extraño. «¿Pía?» Preguntó mirando a todos lados. No había ni rastro de ella, solo el libro que se estaba leyendo, abierto sobre la mesa. Se oían unos pequeños golpes en dirección a él y no pudo evitar asomarse. Una cara pálida alertó a su madre de que algo pasaba «Ahí... Pía... eh...» Dándose cuenta de que no podía haberse dedicado a señalar en dirección a la página 532, su madre se acercó, echó una ojeada y se desmayó sobre la alfombra. Sin lugar a dudas Mireia necesitaba ayuda. Con su madre desmayada y su hermana atrapada en una página de un libro se había quedado bloqueada.

Pía flotaba. Se agarraba a los puntos de las ríes cada vez con menos fuerza. Algo la arrastraba hacia arriba. No sabía lo que estaba pasando pero sí sabía que si se soltaba saltaría volando hacia una luz blanca. «¿Será algún poder nuevo que estoy desarrollando? ¿Qué es aquella luz blanca?» Solo sabía que se había hundido tanto en la lectura que de repente había aparecido allí. Consiguió encajarse en una "o" y dejó de hacer fuerza. Se echó a llorar mientras contemplaba desde abajo a su hermana descomunamente grande, pálida y mirándola perpleja a ella y luego a su madre continuamente. Comenzó a golpear un extraño cristal que había sobre ella. Siguió golpeando, enjugándose las lágrimas, hizo una grieta, había una

salía, una vía de escape y de repente, consiguió romperlo. Una onda de letras y cristales (incluida Pía) salieron volando en dirección a la cara de Mireia que se la tapó. Parecía que iba a cámara lenta. Los cristales y las letras chocaron con sus manos y las quitó porque sabía que después iría Pía al tiempo para atraparla con la mano a su ahora mini hermana recordándole a un insecto de lo pequeña que era. Con un gesto de torpeza se le escurrió y antes de caer al suelo al lado de su madre, creció de una manera papidísima hasta alcanzar su tamaño natural. Ahorasi, cayó al suelo. Se levantó magullada y dolorida y al fin las dos chicas se abrazaron aún asustadas. Pero el abrazo duró poco porque su madre se despertó confundida y las dos la ayudaron a levantarse y a sentarse en una silla. Se quedaron calladas. Pía temblando, Mireia pálida, y su madre dormida en el sofá. Por fin, Mireia logró articular algo. «¿Qué crees que ha pasado? ¿Te acuerdas de algo?» Pía la miró. «¿Crees que puede ser un poder nuevo?» «¡Venga ya! Por una vez en tu vida, tómate algo en serio.» «Y bien, ¿qué quieres que te diga?» Sin decir nada, Mireia se levantó y se dirigió a la cocina. Preparó un tazón de leche caliente con galletas y cuando volvió vio a Pía sentada en la mesa con una sonrisa de oreja a oreja. «¿Y bien?» Dijo Mireia intrigada. «¡Pero si ni yo se lo que ha pasado!» Dijo Pía con la boca llena de galletas de limón. «¡Shhh! Que vas a despertar a mamá» «¡Yo grito si quiero!» Mireia le tapó la boca. Pía la empujó y Mireia la agarró los brazos; pero se tropezó con la pata de la mesa y cayeron sobre el libro roto por una página. Menguaron y cayeron de nuevo en el torbellino de letras. Ambas vieron desde abajo cómo a cámara lenta el vaso de leche iba cayendo sobre la página, y, como una cascada, el vaso la llenó de leche caliente. A flote sobre una "L", Pía y Mireia discutían sobre lo que había pasado. Pía se puso de pie y aprovechó

que la leche había rebotado con el límite de la página y creaba una especie de ola y hacía como que surfeaba. Al fin y al cabo era lo más entretenido que se podía hacer allí.

